

Parte 1: Capítulo 1

La obra divina de santificación

David J. Engelsma

...sino, como aquel que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo (I Pedro 1:15-16).

Introducción

La verdad bíblica que es el tema de esta conferencia y de este libro—un aspecto de la obra salvadora de Dios en Jesucristo por el Espíritu Santo—es un elemento tan importante, fascinante y provechoso del evangelio como cualquiera que hayamos tratado antes: “La doctrina reformada de la santificación.”

La Biblia enfatiza el significado de la santificación. Nuestra santificación fue el propósito de Dios al elegirnos en la eternidad antes de la fundación del mundo. Así leemos en Efesios 1:4: Dios nos eligió “para que fuéramos santos y sin mancha delante de él”.

Nuestra santificación fue el propósito de Jesucristo al sufrir en la cruz: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo [por la muerte de la cruz], para que también ellos sean santificados en la verdad.” (Juan 17:19). A lo largo de Su oración en Juan 17, la preocupación de Jesús era la santidad de aquellos a quienes el Padre le había dado y por quien estaba a punto de dar su vida: “guárdalos por tu nombre, a los que me has dado” (v. 11); “que los guardes del mal” (v. 15); “Santificalos” (v. 17); y luego el versículo 19, que cité anteriormente. Evidentemente, el propósito principal de Jesús y, por lo tanto, de Dios en la muerte de Jesús fue nuestra santificación, es decir, que pudiéramos ser santos.

Para completar el relato de la importancia Trinitaria de la santificación, la obra sobresaliente del Espíritu Santo en la salvación es la obra de santificación. El *Catecismo de Heidelberg* confiesa esta importancia de la santificación como la obra salvadora sobresaliente del Espíritu (Q. & A. 24). Allí, el *Catecismo* analiza la tercera parte del *Credo de los Apóstoles* como enseñanza de “Dios Espíritu Santo y nuestra santificación”.

Así la Biblia corrige el error de hacer de la justificación el principal propósito, si no el único propósito, de Dios en nuestra elección, en la expiación de la cruz y en nuestra renovación por el Espíritu. Así, también, la Biblia expone la herejía de negar que la salvación incluye, como aspecto fundamental de la salvación, la santificación de los hijos salvados de Dios. Este error es un aspecto de la falsa doctrina del antinomianismo o antinomismo, que consideraremos más adelante.

Lo que mis colegas y yo enseñaremos y defenderemos en este libro es la verdad distintivamente reformada y presbiteriana de la santificación. La doctrina de la santificación es controvertida. Está corrompida por graves errores.

Esta verdad ya fue corrompida en los tiempos bíblicos. Las cartas de Jesús a las siete iglesias en Apocalipsis 2 y 3 exponen y condenan las falsas enseñanzas y las prácticas impías resultantes con respecto a la santificación. De hecho, el principal error que preocupa a las siete iglesias involucradas es la santificación. Éfeso había “dejado” su “primer amor” por Dios en Jesús Cristo, la raíz de toda impiedad, y ya no practicó sus “primeras obras” (Apocalipsis 2:4-5). Pérgamo toleraba a los maestros que sostenían la doctrina de Balaam, quien fue fundamental para que Israel comiera cosas sacrificadas a los ídolos y a practicar fornicación, y la doctrina de los nicolaítas, que era una enseñanza que promovía la impiedad (Apocalipsis 2:14-15). Tiatira tuvo una predicadora que sedujo a siervos de Cristo a

“cometer fornicación” en conexión con la idolatría. La teología de esta “Jezabel” era que uno debía conocer las “profundidades de Satanás” para apreciar la salvación (Ap. 2:20, 24). Sardis fue “muerto” espiritualmente. Sus “obras” no eran “perfectas delante de Dios.” Los miembros profanaron sus vestiduras (Ap. 3:1-2, 4). Laodicea mostró su tibieza por sus obras impías (Ap. 3:15-18).

Hoy, también, muchas iglesias son reprendidas, castigadas y juzgadas por Jesucristo por su maldad en el asunto de la santificación. Muchas iglesias pecan por su tolerancia, e incluso aprobación, de lo profano en la vida de los miembros. No hay disciplina en la iglesia de los miembros que continúan impenitentes en crasa y abierta maldad. Muchas iglesias, habiendo sucumbido a la maldad de la sociedad circundante y de la cultura prevaleciente, están llenos de miembros que están divorciados y vueltos a casar de manera no bíblica. Esto es “adulterio” según Marcos 10:11-12 y otros pasajes. Los jóvenes de las iglesias son abiertamente “shack up”, que es la fornicación prohibida en Efesios 5:3.

Las herejías acerca de la santificación abundan en las iglesias protestantes. El arminianismo en gran parte del protestantismo hace de las buenas obras la condición de la salvación, como también lo hace la herejía de la Visión Federal en iglesias nominalmente reformadas y presbiterianas. Las iglesias en la tradición de Wesley hacen de la santificación un asunto de una dramática “segunda bendición” con su implicación de perfeccionismo.

Y luego están las diversas formas de antinomianismo, la más leve forma de esta falsa doctrina es la enseñanza de que la santificación no es una obra de salvación necesaria para todos los cristianos.

En mis capítulos de este libro, tengo la intención de explicar y defender la doctrina distintivamente reformada, mientras que al mismo tiempo expondré y condenaré las enseñanzas que se desvían de la doctrina reformada o calvinista. La exposición del error tiene por lo menos dos propósitos útiles: suena como una advertencia a los santos reformados contra las amenazas del mal y sirve para agudizar el conocimiento de la verdad por medio del contraste con la mentira.

La realidad

La santificación, es decir, literalmente, “hacer santo”, es una obra divina. Es una obra divina solamente y una obra divina en su totalidad. Desde su comienzo en la regeneración hasta su perfección en la resurrección de la carne en el día de Cristo, la santificación es obra de Dios, obra solo de Dios. Este es el testimonio de las Escrituras y de las confesiones reformadas y presbiterianas. Jesús oró al Padre en Juan 17 que Él, Dios, santificaría a todos los que Dios había dado a Jesús (v.17). Jesús basó esta obra totalmente divina, no en algo en aquellos a quien el Padre santificaría, sino únicamente en la propia santificación de Jesús mismo en Su muerte (v. 19).

Las confesiones reformadas expresan este testimonio de la Escritura. En el comienzo mismo de la tercera sección del *Catecismo de Heidelberg*, que expone la santa vida cristiana de gratitud, el *Catecismo* pregunta: “¿Por qué debemos hacer buenas obras?” La respuesta es: “Cristo... nos renueva por Su Espíritu Santo conforme a Su propia imagen” (P. y R. 86). Renovación por el Espíritu es la obra de la santificación. El credo atribuye esta obra a Cristo y su Espíritu Santo. *Estamos* siendo renovados. La obra de renovación es de Jesucristo.

El artículo primero del quinto capítulo de doctrina de los *Cánones de Dordt* hace de la santificación la obra de Dios sobre nosotros y dentro de nosotros: “A los que Dios llama...y regenera por el Espíritu Santo, a éstos les salva ciertamente del dominio y de la esclavitud del pecado” (art.1). Liberación del dominio y la esclavitud del pecado es la santificación, y es Dios quien logra esta liberación.

Asimismo, los Estándares Presbiterianos de Westminster enseñan que la santificación es obra de Dios. La Confesión de Westminster en el capítulo 13:1 dice,

Los que son eficazmente llamados y regenerados, al tener un nuevo corazón y un nuevo espíritu creado en ellos, son además santificados real y personalmente, en virtud de la muerte y resurrección de Cristo, por su Palabra y su Espíritu que mora en ellos.

Somos santificados por otro y ese otro es Cristo Jesús el Salvador.

Tal es también la doctrina del Catecismo Mayor de Westminster:

¿Qué es la santificación?

La santificación es una obra de la gracia de Dios, mediante la cual, los que han sido elegidos por Dios... para ser santos, en el tiempo, mediante las poderosas operaciones de su Espíritu...son renovados en la totalidad de su ser según la imagen de Dios. (P. & R.75)

En todas estas declaraciones confesionales, la voz pasiva del verbo es usado con respecto a nosotros los humanos: Nosotros “*siendo...* renovados”. El que activamente renueva o santifica es Dios.

Según el Catecismo Mayor de Westminster, la santificación no solo es obra de Dios, sino que también es obra de Su “gracia”. No es, por lo tanto, un trabajo que merecemos o un trabajo que depende de nosotros. En todos los aspectos, es total y exclusivamente obra de Dios.

La santificación es necesariamente obra de Dios y obra de Su gracia. Nuestra condición espiritual natural, en virtud de que somos concebidos como hijos de Adán, es de total depravación o muerte espiritual. Toda nuestra naturaleza, cuerpo y alma, está corrompida, inclinada a aborrecer a Dios y al prójimo, e inclinados a todo mal. Esta maldad de nuestra propia naturaleza, lo que somos, es una atadura, una esclavitud, al pecado y a Satanás. Aquí recordamos el gran y decisivo libro de Martin Lutero, poniendo al descubierto la cuestión fundamental en la controversia de la iglesia reformada con la Iglesia Católica Romana: *La esclavitud de la voluntad*.

La Biblia describe la condición natural y espiritual de todos nosotros los humanos como una “muerte”, una muerte espiritual. En cuanto a toda posibilidad de ser santo y bueno, y en cuanto a toda posibilidad de realizando buenas obras, estamos muertos por naturaleza, en virtud de nuestra relación natural con Adán. Este es el testimonio de Efesios 2:5: “Aun estando nosotros muertos en pecados, [Dios] nos dio vida juntamente con Cristo.” Efesios 2:4 enseña que esta obra vivificante o de resurrección de Dios se debe enteramente a Su gracia, no a algo que seamos o hacemos para merecer esta vivificación: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó,” nos dio vida cuando estábamos muertos.

¡Los muertos no se levantan solos!

Los esclavos no pueden liberarse a sí mismos, ¡no los esclavos cuyos amos son los señores poderosos, el pecado y Satanás!

¡Los hombres y mujeres totalmente depravados no pueden santificarse o desear ser santificados!

Si vamos a ser santos, Dios debe realizar esta maravillosa obra. Él debe hacerlo, no por nada en nosotros, sino porque Él es misericordioso con nosotros. Efesios 2:4-5 enseña que la santificación se debe a la misericordia de Dios—una rica misericordia—y a Su amor—Su gran amor.

En lugar de atribuirnos el mérito de nuestra santidad, debemos alabar y agradecer Dios por eso. Tanto más debemos estar motivados para alabar y agradecer a Dios que somos santos porque nuestra santificación es tan preciosa, un aspecto glorioso de nuestra salvación. Es libertad de la esclavitud—esclavitud a los amos destructivos del pecado y de Satanás. Es la libertad de servir al honorable y misericordioso Señor Jesús, cuyo servicio es un privilegio, agradable y recompensado. Libertad espiritual del poder esclavizante del pecado es una gracia invaluable que da poder a una vida humana bendita, hermosa y noble. I Pedro 1:18 proclama que la santificación nos libera de nuestra “vana manera de vivir”, es decir, de nuestra vida antiguamente vacía, sin valor, sin propósito.

La santificación es la resurrección de entre los muertos. Al santificarnos, Dios nos resucita de una muerte en el pecado, una muerte que termina en la muerte eterna en infierno. La santificación nos eleva a una vida de dulce comunión con Dios, a una vida que tiene como fin y meta la vida eterna en el nuevo mundo, alma y cuerpo.

La santificación hace hermosa la vida que era vil y fea. Hace honorable la vida que fue vergonzosa. Hace digna la vida que no sólo era inútil, sino también dañino y destructivo, no sólo a uno mismo, pero también al prójimo y, lo peor de todo, a la manifestación de la gloria de Dios.

Correctamente, John Owen ha escrito:

Entre todas las obras gloriosas de Dios, después de la de redención por Jesucristo, mi alma más admira esto del Espíritu en la preservación de la semilla y principio de santidad en nosotros, como chispa de fuego en medio del océano, contra todas las corrupciones y tentaciones con que es impugnado.¹

¡Qué robo de la bondad, la gracia y el poder de la santificación de Dios, que nosotros mismos tomemos el crédito por nuestra santidad! Nosotros nos mostraríamos miserablemente desagradecidos. Pondríamos en duda si fuimos santificados en absoluto.

Así como la santificación es necesariamente una obra de Dios, también lo es la santificación una obra necesaria de nuestra salvación. La salvación consiste necesariamente de la santificación del pecador elegido, redimido. Sin este trabajo, uno no es salvo, no puede un pecador impío puede considerarse salvo.

Significativamente, los Estándares de Westminster afirman la obra de santificación de Dios como una obra “en el tiempo” y “en esta vida”, es decir, en la vida de todos los elegidos (Catecismo Mayor de Westminster, A. 75; Confesión de Westminster 13:2).

La Escritura enseña la necesidad de la santificación en la salvación. Al exhortar a los cristianos hebreos a “seguid... la santidad”, el escritor declara: “sin la cual [es decir, la santidad] nadie verá al Señor” (Heb. 12:14).

El “orden de salvación” reformado de cada ser humano que es salvo incluye la “santificación”.²

En última instancia, la necesidad de la santificación, y de la santidad resultante del pueblo de Dios, es la expresada por Pedro: “Sed santos; porque yo soy santo” (I Pedro 1:16). Nuestro Dios es santo. Por lo tanto, su pueblo salvado debe también ser santo. Y, por tanto, nos hace santos.

La necesidad de la santidad pesa mucho sobre nuestra seguridad de salvación. Así como sin santidad nadie verá al Señor, así también sin santidad ningún hombre puede estar seguro de que verá al Señor. De hecho, tanto tiempo como uno sigue siendo impío, el hombre o la mujer impíos sólo pueden temer que él o ella no verá al Señor. Que la santidad funciona para asegurarnos de nuestra salvación es el testimonio de los Cánones V:10: “esta seguridad [de salvación] ...proviene de...el ejercicio santo y sincero tanto de una buena conciencia como de las buenas obras.” Cabe destacar que los cánones insisten también en que esta seguridad, que proviene en parte de la santidad, resulta en una santidad aún mayor: “la meditación de ese beneficio [es decir, la seguridad de salvación] es para ellos un acicate para la realización seria y constante de gratitud y buenas obras” (V:12).

La seguridad de salvación no conduce al “libertinaje o al desprecio de la piedad” (V:13).

Esta importancia de la santificación plantea la pregunta: ¿Qué es exactamente esta obra de Dios en Su pueblo “en el tiempo” y “en esta vida”, como lo expresan los Estándares de Westminster? Más particularmente, ¿qué es este trabajo de Dios, según el entendimiento reformado y presbiteriano de la santificación? La forma más particular de la pregunta es necesaria debido al malentendido por parte de muchos cristianos nominales y por las enseñanzas heréticas de muchas iglesias.

Un bosquejo de la doctrina de la santificación

En lo que resta de este capítulo, me limitaré a esbozar los principales aspectos de santificación según la Biblia, con pleno conocimiento de que cada uno de los aspectos en sí mismo merece, virtualmente exige, un capítulo completo en su derecho propio. A la luz de la relación de Pedro de nuestra santidad con la santidad de Dios en I Pedro 1:15-16, debemos, ante todo, ver la santidad en nosotros mismos como la propia santidad de Dios compartida con nosotros en la medida de la criatura. En Dios, santidad—una perfección prominente; algunos han dicho que es la predominante perfección—no es sólo Su separación y su desprecio por el pecado, sino también su consagración a sí mismo como el Único Bueno. En nosotros, por lo tanto, la santidad es nuestra separación espiritual del pecado en el odio hacia él y nuestra consagración a Dios en el amor por Él.

La santidad, por lo tanto, no es mera moralidad: abstenerse de ciertos actos inmorales y observando un código de conducta decente.

La santidad no es, en primer lugar, nuestra actividad en absoluto: nuestra separación de la maldad y nuestra entrega a Dios el Bueno. Pero nuestra santidad es esta, que Dios nos libra del mundo de iniquidad, de todo y de todos los que le aborrecen y violan su bondad—y nos consagra a Él. Al hacernos santos, Dios nos da una nueva naturaleza, una naturaleza que odia el pecado y ama a Dios. Gobernado por esta nueva naturaleza, nuestra persona se renueva como un “yo” que odia el mal que hace y ama el bien que no hace (Romanos 7:15, 19).

En cuanto la santidad de Dios es su auto-consagración en la comunión de la Trinidad, nuestra santidad es esencialmente comunión con Dios. La santidad para el hombre es el amor de Dios y, en este amor, la comunión con Él.

Esta es la realidad del pacto de gracia: comunión en el amor del Dios santo con su pueblo santificado.

La realización del pacto de Dios con su pueblo en Jesús Cristo es santificación.

Esto fue lo que los enemigos de Calvino notaron en él cuando lo llamaron, no bien intencionadamente, ese “hombre ebrio de Dios”.

La santificación como “Antítesis”

Ese aspecto de la santificación que consiste en la separación de todo y todos los pecadores es, en realidad, lo que especialmente la teología reformada holandesa llama la “antítesis”. La antítesis es la separación espiritual del pecado y de la manifestación del pecado en humanos impíos y sus malas obras. La antítesis es la implicación necesaria y realización de la consagración a Dios.

Que este sería un aspecto importante de Su obra salvadora en Jesucristo, Dios lo dejó claro inmediatamente después de la caída del ser humano en el primer pronunciamiento del evangelio: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendiente y su descendiente. Él te aplastará la cabeza cuando tú hieras su calcañar” (Gén. 3:15). Enemistad, hostilidad, separación, antítesis: esto es santidad en su expresión negativa. La verdad de que la santidad, que es ante todo devoción y amistad con Dios, implica hostilidad hacia y separación del mundo de los impíos es la enseñanza de Santiago 4:4: “Adúlteros y adúlteras, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios.”

El comienzo de la santificación en la regeneración

Por esta separación del mundo malo y esta consagración a Dios, se requiere nada menos que un renacimiento. Este es el segundo principal aspecto de la santificación: la regeneración. La regeneración es el comienzo de santificación. El hijo elegido de Dios nace de nuevo o nace de arriba (la palabra de Jesús en Juan 3:3 significa tanto “otra vez” como “desde arriba”), como un hombre que es santo con la santidad de Dios mismo. “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha regenerado” (I Ped. 1:3).

La regeneración o renacimiento es un cambio espiritual radical: la obra de Dios en un hombre (no su propia obra) y el comienzo de la obra divina de santificación—hacer santo a uno. Este nuevo nacimiento de lo alto restaura a un pecador totalmente depravado a la imagen de Dios en la que Dios hizo al hombre originalmente y que la raza humana perdió en la desobediencia y caída del padre Adán. La santificación es la obra de Dios que nos rehace en la imagen de Dios. La persona santificada se parece a Dios, es como Dios, mientras que antes él o ella se parecían a Satanás. Esta imagen es conocimiento, justicia y santidad. “y vestiros el nuevo hombre, que es creado según Dios en la justicia y la santidad de la verdad.” (Ef. 4:24; cf. Col. 3:10).

Tan radical es el cambio en nosotros por el nuevo nacimiento, tan completamente nos cambia, tanto es así que nos da una nueva naturaleza y nos hace una nueva persona, que la Biblia lo describe como la creación de Dios de nosotros como nuevas criaturas. Hay una comparación deliberada con el trabajo

divino de crear todas las cosas, especialmente los humanos, en el principio. “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.” (Ef. 2:10) “De modo que, si alguno *está* en Cristo, nueva criatura *es*; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas.” (II Cor. 5:17).

Debemos conocer estas maravillas que son verdad acerca de nosotros que creemos en Jesús Cristo. Debemos sabernos a nosotros mismos como seres humanos tan maravillosos. Podemos saber esto y debemos saber esto acerca de nosotros mismos. No hay duda de que creemos en Jesucristo y que, creyendo, somos espiritualmente vivos, más de lo que dudamos si alguna vez nacimos físicamente y ahora están vivos físicamente.

La noción de que muchos cristianos renacidos pasan por gran parte de su vida dudando si nacieron de nuevo y si están vivos espiritualmente es tan necio como pernicioso. Las personas santas son diferentes, distintivas, hermosas, honorables, gloriosas creaciones de Dios.

Debemos conocer la santificación de Dios en nosotros, comenzando con la regeneración, para que demos gracias a Dios por lo que ha hecho por nosotros. Debemos dar gracias por ser lo que somos, es decir, santos, y por nuestro vivir conforme a lo que somos, es decir, una vida santa.

Solo un “muy pequeño” comienzo

Saber que somos santos exige que tengamos el conocimiento correcto de santificación en esta vida, no sea que la ignorancia o el error acerca de la santificación produzcan pasividad. Aquí, especialmente, para los distintivamente reformados la doctrina de la santificación es importante. Primero, en esta vida la santidad es sólo un comienzo, incluso un comienzo muy pequeño. La santidad nunca es perfecta en esta vida en ninguno de los hijos de Dios, contrario a los herejes, pero popular, doctrina de John Wesley. Un destacado discípulo de Wesley dio expresión a la doctrina wesleyana característica de la perfección en estas palabras: “Al confiar en Cristo en rendición, no hay necesidad de lucha contra el pecado, sino completa libertad del poder e incluso del deseo del pecado.”³

El perfeccionismo es una doctrina falsa acerca de la santificación. Incluso aunque tengamos una nueva naturaleza, conservamos la vieja naturaleza con la que fuimos concebidos y nacimos. Esta vieja naturaleza, el “viejo hombre”, es y permanece totalmente depravado. Lutero enseñó que los salvos, creyentes hijo de Dios retiene una naturaleza totalmente depravada mientras vive en la segunda parte de su conocida descripción del creyente como *simul justus et peccator* (“a la vez justo y pecador”).

El perfeccionismo, que es la enseñanza de que los cristianos pueden llegar a ser perfectamente santos en esta vida, es una doctrina falsa. La Biblia no solo enseña cada discípulo de Jesús a orar por el perdón de sus pecados mientras él vive (Mat. 6:12), pero también enseña que el más santo de los santos: el apóstol Pablo mismo—retiene una naturaleza pecaminosamente corrupta—la cual es pecado—hasta el final de su vida. De esa naturaleza pecaminosa proceden los malos pensamientos, deseos y sentimientos, que son pecados, así como las palabras pecaminosas y hechos (Romanos 7:7-25).

El perfeccionismo engendra desesperación. Un cristiano honesto, reconociendo su depravación, la naturaleza con sus malas concupiscencias, observando que sus mejores obras aún están contaminadas con el pecado, notando que no hace el bien (perfecto) que quiere hacer, sino que hace el mal que no quiere hacer, e impresionado con la asombrosa santidad de Dios a la cual su vida está llamada a comparar, pero suponiendo que pudiera ser perfectamente santo, lo hará dudar si es un hijo salvado de Dios en absoluto. Esto es desesperación.

El perfeccionismo genera hipocresía. Suponiendo que pueda ser perfectamente santo en esta vida, el discípulo de un Juan Wesley u otro falso maestro excusará sus pecados como meros errores, reducirá la voluntad de Dios por su vida a la demanda de hacer lo mejor que pueda y redefinirá pecado como un acto deliberado de violación grave de un mandamiento conocido de Dios, limitando así el pecado a la obra e incluso entonces a ciertos groseros actos de desobediencia.

Juan Wesley enseñó la posibilidad de la santidad perfecta en esta vida, como hacen al menos algunos de sus discípulos metodistas y pentecostales todavía hoy. Con referencia a la enseñanza bíblica de la circuncisión de los corazones, afirmó Wesley:

“esa disposición habitual del alma que, en las sagradas escrituras, se denomina santidad; y que implica directamente, estar siendo limpiados del pecado, “de toda inmundicia tanto de carne y espíritu”; y, en consecuencia, el ser dotado de aquellas virtudes que también estaban en Cristo Jesús; el ser así “renovados en el espíritu de nuestra mente”, para ser “perfectos como nuestra Padre en el cielo es perfecto.”⁴

Habiéndose comprometido con el perfeccionismo sin pecado, Wesley descubrió que era necesario redefinir radicalmente el pecado como “transgresiones voluntarias de la voluntad conocida de Dios.”⁵ Corrupción de la naturaleza; pensamientos viles, deseos y pasiones; incluso los arrebatos espontáneos de malas palabras o el acto sin ley improvisado ya no son pecados. Son, para Wesley, meros “errores”.⁶ Así Wesley y sus seguidores lograron perfección, no por el aumento de la santidad del pecador, sino por la disminución de la santidad de Dios.

Envanecidos en la convicción de su perfección sin pecado, que es la peor de todas las formas de orgullo, el perfeccionista se presentará a sí mismo a otros como habiendo alcanzado la perfección de la santidad. A lo cual el acto de jactarse de parte de un esposo, una respuesta apropiada sería: “Antes de creértelo, déjame preguntarle a tu esposa.”

En cuanto a la verdad de que el hijo de Dios regenerado y salvado retiene una naturaleza totalmente depravada toda su vida, Romanos 7 es de gran importancia. Particularmente en la segunda mitad del capítulo, los salvos, hijo creyente de Dios está hablando y describiendo su experiencia espiritual. El apóstol Pablo habla, y habla de sí mismo como se encuentra espiritualmente al final de su vida: “yo soy carnal, vendido a la *sujeción* del pecado” (v. 14); “en mí (esto es, en mi carne) no mora el bien” (v. 18); “no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (v. 19); “mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (v. 23); “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?” (v. 24).

La confesión reformada, el Catecismo de Heidelberg, enseña que nosotros los hijos de Dios renacidos, salvos y creyentes están “todavía inclinados a todo mal” mientras vivamos (R. 60). En la Respuesta 114, el Catecismo pasa este juicio sobre nosotros: “Aun los hombres más santos, mientras están en esta vida, sólo tienen un pequeño comienzo de esta obediencia [a los mandamientos de la ley de Dios].”⁷

Un comienzo victorioso

En segundo lugar, en cuanto a la obra de santificación de Dios, aunque sólo un “principio”, de hecho, un comienzo muy pequeño, nuestra santidad—nuestra nueva naturaleza santa—es victoriosa. Hay en los hijos de Dios santificados un conflicto de por vida, tremendo, a menudo violento, una guerra espiritual. Es una guerra entre la vieja y depravada naturaleza humana con la que nacimos y la nueva naturaleza santa con la que hemos renacido. Es una guerra entre el hombre viejo y el hombre nuevo. Es la guerra entre Adán en nosotros y Cristo en nosotros. En esta guerra, el hombre nuevo, Cristo en nosotros— es victorioso. La victoria se manifiesta en no seguir impenitentemente en el pecado; de arrepentimiento, cuando caemos y desobedecemos; y de renovación de una vida santa después de la caída, para que seamos más devotos de Dios que antes de nuestra caída.

En esta vida, la santificación no es la erradicación del pecado del hijo de Dios regenerado y creyente, sino el derrocamiento en él o ella del reino del pecado. Predicando la santificación al creyente, Pablo anuncia, no que el pecado ya no está presente en él o incluso que el pecado ya no es fuerte en él, sino que “el pecado no se enseñoreará de vosotros” (Rom. 6:14). Es, pues, una amonestación razonable, capaz de dar plenitud en esta vida: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Rom. 6:12). Una vez éramos esclavos del pecado, pero ya no más. Ahora, como creyentes santificados, nos hemos convertido en “siervos de la justicia” y “siervos de Dios” (Romanos 6:18, 22).

La fe reformada confiesa la santificación como liberación, no en esta vida del pecado por completo—perfeccionismo—sino de la sentencia del poder del pecado, en los *Cánones de Dordt*:

A los que Dios llama, conforme a Su propósito, a la comunión de Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y regenera por el Espíritu Santo, a éstos les salva ciertamente del dominio y de la esclavitud del pecado, pero no les libra en esta vida totalmente de la carne y del cuerpo del pecado (V:1).

Inmediatamente, este credo reformado hace la aplicación práctica:

De esto hablan los cotidianos pecados de la flaqueza, y el que las mejores obras de los santos también adolezcan de defectos. Lo cual les da motivo constante a humillarse ante Dios, de buscar su refugio en el Cristo crucificado, de matar progresivamente la carne por el Espíritu de oración y los santos ejercicios de piedad, y de desear la meta de la perfección, hasta que, librados de este cuerpo de muerte, reinen con el Cordero de Dios en los cielos (V:2).

Totalmente santificado

Un tercer aspecto esencial de nuestra santificación es que la obra de salvación de Dios de hacernos santos se aplica a toda nuestra vida, no meramente a partes de ella. El hombre santificado es santo en la iglesia y en el trabajo. Él es santo en sus devociones personales y en su matrimonio y familia. Él es santo en su estudio de la Palabra de Dios y en su comer y beber. Es santo en sus relaciones con sus hermanos miembros de la iglesia y en sus relaciones con sus vecinos impíos. Él es santo en su testimonio a los demás y en sus negocios. Él es santo en el trabajo y en vacaciones. Es santo con respecto a las acciones de su cuerpo y es santo con respecto a los pensamientos de su mente.

No es que sea santo el domingo, sino mundano los días de la semana; que trata a sus vecinos de una manera cristiana, pero de otra manera va a casa a golpear o maltratar a su esposa; que lee la Biblia y literatura religiosa pero también se divierte con la pornografía.

¡Tal hombre o mujer no es un santo sino un hipócrita!

La santificación en todas las partes del cristiano y, por tanto, en todos los aspectos de su vida es el pensamiento de la santificación “total” enseñado en I Tesalonicenses 5:23: “Y el Dios de paz os santifique en todo; y todo vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”

Cuarto, la santificación es progresiva, una obra de Dios caracterizada por “más y más”, como describe el *Catecismo de Heidelberg* a la obra santificadora de Dios: “cada día seamos más renovados a su imagen, hasta que, después de esta vida, alcancemos la perfección que nos es propuesta.” (R. 115).

Nuestra santificación

Quinto, la santificación es una obra de Dios que hace que el hijo de Dios sea activo en el trabajo, intensamente activo. Tampoco es la intensa actividad del hijo de Dios en santificarse a sí mismo una contradicción de la verdad de que la santificación es obra de Dios y obra de Dios solo. La actividad del hijo de Dios en santificarse a sí mismo no es cooperación con Dios en la obra, como es la enseñanza de Jerry Bridges:

La búsqueda de la santidad es una empresa conjunta entre Dios y el cristiano. Nadie puede alcanzar ningún grado de santidad sin Dios obrando en su vida, pero con la misma seguridad nadie la alcanzará sin esfuerzo por su parte. Dios ha hecho posible que caminemos en santidad. Pero Él ha dado a nosotros la responsabilidad de hacer el caminar; el no hace eso para nosotros.⁸

La actividad de buscar la santidad por parte del creyente ciertamente no es una actividad de la que dependa la obra de santificación de Dios.

Pero nuestro ser activo en santificarnos a nosotros mismos es la manera en que Dios nos santifica toda nuestra vida.

Que Dios nos santifica de tal manera que seamos activos en santificarnos es la verdad expresada en I Pedro 1:16: “*Sed* santos, porque yo soy santo.” El imperativo “*Sed*” es ciertamente un llamado para que seamos activos en nuestra propia santificación. Pero es también, y, ante todo, la poderosa, de hecho, irresistible Palabra de Dios al creyente elegido *haciéndolo* santo y *causando* que él o ella sean activos en su santidad. El “*sed* santos” al hijo elegido de Dios es comparable al “Sea la luz” el primer día de la semana de la creación (Gén. 1:3). Es la Palabra de Dios que hace lo que manda.

El versículo 22 de I Pedro 1 continúa, “Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu.” La Palabra eficaz de Dios se realiza a sí misma de tal manera que el creyente se purifica activamente. Muchos pasajes de la Escritura nos exhortan a practicar y buscar la santidad, es decir, a santificarnos. La verdad de que la santificación es La obra de Dios, y sólo la obra de Dios, no implica pasividad de parte del hijo de Dios. La santificación divina es una obra que efectúa nuestra actividad, así como el engendrar y dar a luz a un bebé por parte de los padres, hace que este esté activo desde el nacimiento en la vida física del niño.

Para esta maravillosa y misteriosa obra de Dios, comparable e incluso superior, a Su creación del mundo, Dios usa medios.

El agente de la santificación

El que santifica es el Espíritu Santo de la Deidad, como el Espíritu que se ha convertido en el Espíritu de Cristo en la exaltación de Jesús y que fue derramado sobre la iglesia en Pentecostés (Hechos 2). A Él la biblia atribuye la obra salvadora de hacer a los miembros de la iglesia de Cristo santos. Según I Pedro 1:22, purificamos nuestras “almas... mediante el Espíritu.” En Juan 14-17, la instrucción de Jesús acerca de la venida del Espíritu culmina en la promesa de la obra del Espíritu de santificar los discípulos.

Solo Él, el Espíritu Santo, puede estar limpiándonos y consagrándonos, que son el propósito de Dios en la elección y la meta de la expiación de la cruz, y, por lo tanto, Jesús les dijo a Sus discípulos que era “conveniente” que Él se vaya de ellos en la ascensión (Juan 16:7). Sólo Él, como Espíritu, puede penetrar en lo más íntimo de nuestro ser espiritual; recreáanos allí; y habita en nosotros, no *cerca* de nosotros sino *en* nosotros, creando, manteniendo y aumentando nuestra santidad. Desde dentro de nosotros, el Espíritu afecta nuestro pensamiento, nuestro deseo, nuestro sentimiento, nuestra habla y nuestras acciones. Sólo Él, como el Santo dentro de nosotros, nos afecta tanto como para hacernos aborrecer el mal y consagrarnos al bien, es decir, a Dios.

El santificador es el Espíritu Santo en lo profundo de nosotros en el centro de control de nuestra vida, que explica nuestra santidad y el dolor más amargo de nuestra vida. Efesios 4:30 advierte contra este dolor: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios.” Le entristecemos cuando deliberadamente nos oponemos a su obra santificadora en nosotros y deliberadamente nos entregamos a la falta de santidad, ya sea la adoración corrupta de Dios, el odio al prójimo o la embriaguez. Desde el Espíritu está tan íntimamente en nosotros que *nos* hace experimentar su dolor. Entristecido *por* nosotros, se convierte en dolor *para* nosotros. Este dolor no es el dolor de arrepentimiento, aunque eventualmente conducirá a esto. Pero nuestro dolor es la miseria de la experiencia de la ira de Dios y de la falta de Su favor sobre nosotros. Es el dolor de David cuando vivía impenitentemente en su pecado de adulterio y asesinato, como describe su dolor en el Salmo 32: “Mientras callé, se consumieron mis huesos, en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche tu mano se ha agravado sobre mí, hasta que mi vigor se convirtió en sequeales de verano” (vv.3-4). Esta fue la experiencia de David entristeciendo al Espíritu Santo.

¿Quién de nosotros no se ha afligido igualmente con la pena de haber afligido al Espíritu?

Predicación y sacramentos

En su obra de santificación, el Espíritu se sirve de medios y, por tanto, nos instruye a utilizar estos medios. El primero de estos medios es la “verdad”, es decir, la predicación de la verdad del evangelio, incluida la verdad de la santificación, por un ministro sano. I Pedro 1:22 describe nuestra purificación de nuestras almas “en la obediencia a la verdad.” En Juan 17, Jesús repetidamente declara que la santificación de Dios de nosotros ocurre por medio de la verdad (vv. 17, 19).

La verdad es confirmada por los sacramentos, de modo que los medios de santificación incluyen los sacramentos del bautismo y la Cena del Señor. Por medio del sacramento del bautismo, Jesucristo está obrando, dando creyentes lo que significa el sacramento, es decir, los dones y la gracia invisible; lavando, limpiando y purgando nuestras almas de todo inmundicia e injusticia; renovando nuestros corazones y llenándonos de todo consuelo; dándonos una verdadera seguridad de Su bondad paternal; revestirnos del hombre nuevo y despojarnos del hombre viejo con todas sus andanzas.

Así el bautismo “nos sirve”, no sólo “mientras el agua está sobre nosotros, sino también todo el tiempo de nuestra vida” (*Confesion belga* Art. 34).

Asimismo, la Cena del Señor es un medio de nuestra santificación. La *Confesión belga* en el artículo 35 declara que “somos movidos a un ardiente amor hacia Dios y hacia nuestro prójimo.” El amor ferviente a Dios y al prójimo es santidad.

Dado que los medios de la obra salvadora de santificación del Espíritu son la predicación de la verdad y la administración de los sacramentos, para santidad de vida, se requiere membresía en una verdadera iglesia instituida. Están la verdad, los sacramentos y también la disciplina, en caso de que un creyente se desvíe y caiga de la santidad de la vida. En su amonestación a los cristianos hebreos que continúan en “amor...y buenas obras,” es decir, en una vida de santificación, el escritor advierte inmediatamente, “no dejando nuestra congregación” (Heb. 10:24-25). El abandono de la membresía en una iglesia verdadera es fatal para la santificación de la vida.

La sangre del crucificado

La verdad que santifica es precisamente el evangelio de la “sangre” de Jesucristo, es decir, su muerte redentora por los pecadores elegidos. La *Sangre* limpia del pecado. Sólo la sangre limpia del pecado. Sólo la sangre de Jesús limpia del pecado. Ni siquiera con la aplicación enérgica de una abundancia de agua podría Lady Macbeth lavar el pecado de su asesinato del rey. “¿Qué, estas manos nunca estarán limpias?” Ella gritó, con respecto a los instrumentos corporales del asesinato de Duncan. En la desesperación de su culpa, exclamó: “Aquí está el olor de la sangre todavía: todos los perfumes de Arabia no endulzarán esta pequeña mano. ¡oh, oh, oh!”⁹

Hebreos 9:14 enseña que “la sangre de Cristo... limpiará vuestras conciencias de las obras muertas para que sirváis al Dios vivo.” La sangre derramada de Cristo obtuvo el derecho para que seamos liberados de la esclavitud del pecado. La santidad no es sólo un beneficio; también es una cuestión de derecho. El pecador totalmente depravado y esclavizado, está en la esclavitud del pecado como una cuestión de justicia. La condición del pecador es la depravación total, según el latín de *Cánones* III/IV:2, “justo Dei iudicio” (“por el justo juicio de Dios” o “a consecuencia de un justo juicio de Dios”).¹⁰

Los Cánones II:8 confiesan que “la preciosa muerte de Su Hijo” nos *redimió* de nuestra depravación y obtuvo por Cristo el derecho a “purificarnos de todo pecado, tanto original como actual.”

Entonces, según I Pedro 1:2, el Espíritu rocía la “sangre de Jesucristo” sobre nosotros, limpiándonos de la inmundicia del pecado y quebrantando el poder del pecado.

Esta limpieza con la sangre, por el Espíritu, que tiene lugar por medio de la verdad del evangelio, es aplicada a nosotros y recibida por nosotros por la fe en Jesucristo. Como la justificación, la santificación es “por fe”— por la fe sola. Nuestra santificación no es por la ley y sus mandamientos. No es por nuestras obras. Esta es la doctrina expresa de las Escrituras. En Hechos 15:8-9, el apóstol predica que Dios dio a los gentiles el “Espíritu Santo... purificando por la fe sus corazones.” Hechos 26:18 enseña que aquellos a quienes Dios salva “para que reciban, por la fe que es en mí [Jesús], remisión de pecados y herencia entre los santificados.”

La fe reformada confiesa que se vive una vida santa de acuerdo con la ley de Dios. No enseña que la ley de Dios, como ley, es el medio de una vida santa. La ley es la guía o regla de una vida santa. No es el poder de una vida santa.

Ayudas a la santificación

Todas las ayudas adicionales para la santidad de los santos dependen de los medios principales, que son la predicación de la cruz y los sacramentos. Hay ayudas adicionales de las cuales el pueblo de Dios debe estar consciente. Una de esas ayudas es la aflicción, con sus diversas formas de sufrimiento. Es cierto de aquellas aflicciones que son castigos divinos por nuestra desobediencia. Estas aflicciones nos corrigen. Nos traen a arrepentimiento y nos restauran a la santidad de la obediencia a la ley de Dios. El castigo de Dios a sus hijos tiene como propósito “de que participemos de su santidad” (Heb. 12:10).

Esto también es cierto de aquellos sufrimientos, sean del cuerpo o del alma, que no son castigos, de aquellos sufrimientos que vienen sobre los piadosos, hombre o mujer que viven una vida santa. El aguijón de Pablo en la carne no fue un castigo ocasionado por el pecado del apóstol. Le fue dado “para que (él) no me enaltezca sobremanera” (II Cor. 12:7). “La aflicción ha sido para mi beneficio”, cantamos en una versión musical del Salmo 119:71, “Para que me aferre a tus estatutos.”¹¹ Como es esto así, la experiencia enseña a todo hijo de Dios regenerado. La aflicción, por la gracia de Dios, afloja nuestro apego a esta vida y nos hace desear solamente a Dios y la resurrección de la carne en el día de Cristo Jesús.

Como alguien ha dicho, las aflicciones del creyente son las “severas misericordias” de Dios.

Agustín advirtió sabiamente a todos los cristianos que sufren:

Lo que sufres, lo que te quejas, es tu medicina, no tu pena; tu castigo, no tu condenación. No quiten el flagelo si no quieren ser repudiados de la herencia.¹²

La oración es una ayuda adicional a la santidad. El *Catecismo de Heidelberg* explica la necesidad de la oración como parte de esto, que “Dios quiere dar su gracia y su Espíritu Santo sólo a aquellos” que oran (R. 116). Esta gracia y el Espíritu Santo son la gracia santificante y el Espíritu Santo. La sexta petición de la oración modelo consiste en la petición de santidad: “Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal” (Mat. 6:13). El pedido positivo implícito en la petición es, “Presérvame en santidad de vida; santifícame.”

Está la ayuda de la comunión de los santos. Así como la amistad ilícita con los impíos debilita la santidad e invariablemente resulta en comportamiento profano, la amistad del pueblo santo de Dios protege y fortalece la santidad del hijo de Dios, y no sólo para los niños y jóvenes. Nuevamente, se enfatiza la importancia de la membresía—una membresía *viva*—en una iglesia verdadera. Tampoco es descabellado concluir del peligro para la santidad de los amigos malvados y de la ayuda para la santidad de los amigos piadosos la necesidad del bien, escuelas cristianas para los hijos del pacto de padres creyentes. Aparte de la educación anticristiana de las escuelas públicas, el padre y la madre del pacto se estremecen ante la idea de enviar a su pequeño, o incluso su joven estudiante de secundaria, fuera al ambiente escolar impregnado y controlado por las vidas impías de los hijos de la oscuridad del siglo XXI.

Sin embargo, en esta vida la santificación nunca es perfecta. En esta vida, la santificación es, en el mejor de los casos, sólo un comienzo muy pequeño.

La perfecta santificación en el futuro, no obstante, es cierta para cada uno en quien Dios ha comenzado la obra de santificarlo.

La perfección de la santificación

La perfección en santidad es segura para todos los hijos de Dios. La perfección se garantiza mediante la elección del Padre para la santidad (Efesios 1:4), mediante la redención del Hijo liberándolos de la esclavitud al pecado para servir a Dios (1 Pedro 1:18-19) y mediante el poder santificador del Espíritu (Efesios 5:26-27). Debido a la fidelidad del Dios Trino, la perfección en santidad es segura para todo aquel en quien Dios ha comenzado la obra de santificación: “estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”

Esta certeza de la perfección en santidad es garantía de salvación para todo aquel en quien el Espíritu ha comenzado la obra de hacerlo santo. Es una seguridad frente a las poderosas y amenazadoras fuerzas de la impureza. Es una seguridad en las luchas contra algún pecado persistente que el creyente teme que pueda vencerlo, apartarlo de Dios y condenarlo.

Esta es la verdad de la preservación o perseverancia de los santos. La verdad de la preservación de los santos no es simplemente que todos aquellos a quienes Dios comienza a santificar en esta vida serán salvos en el regreso de Cristo. Mucho menos es esta verdad la noción de que aquellos que afirman creer en Jesús serán salvos al final, independientemente de que hayan llevado vidas impías. Más bien, esta verdad, ampliamente conocida como la quinta de las "Cinco Puntos del Calvinismo", enseña que Dios santifica a cada uno de aquellos a quienes ha elegido y por quienes Cristo murió; que Dios mantiene esta obra de santificación en ellos a lo largo de su vida y aumenta este trabajo salvador con el paso de los años; que, mediante la continua santidad, todos los elegidos finalmente serán salvos tanto en el día de su muerte como en el día de Cristo; y que nuestra salvación perfecta, ya sea en el momento de la muerte o en el día de Cristo, consistirá en la perfección de la santidad.

No hay apostasía de los santos, no hay apartarse de la gracia de Dios, no hay apartarse de la salvación y no hay apartarse del poder de la santidad.

La doctrina del dispensacionista Zane Hodges, que sostiene que Dios salva a algunos seres humanos sin santificarlos o sin preservarlos en la santidad de vida, es una herejía flagrante, una perversión del evangelio. El evangelio no es simplemente la buena noticia de la salvación del castigo eterno, sino también la buena noticia de la salvación del pecado. No solo es la buena noticia de liberación de la culpa del pecado, sino también la buena noticia de liberación del poder reinante del pecado. No solo es la buena noticia de escapar de la ira de Dios, sino también la buena noticia de ser rescatado de la contaminación del pecado. Y no solo es la buena noticia de Jesús como Salvador, sino también la buena noticia de Jesús como Señor.¹³

La perfección en santidad, sin embargo, es la esperanza del creyente elegido para el futuro, ya sea en el momento de la muerte o en la segunda venida de Jesucristo.

La perfección es la *meta* de la vida cristiana. Nos es dada en el alma en el momento de la muerte: “...vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios...Y les fueron dadas a cada uno ropas blancas” (Ap. 6:9, 11).

La perfección se realiza plenamente en los hijos de Dios en la resurrección del cuerpo en el retorno de Cristo. Esencial para el cambio de los santos de lo corruptible a lo incorruptible y de lo mortal a lo inmortal, y, por lo tanto, la aniquilación de la muerte en la victoria de la resurrección de Cristo de Su pueblo de entre los muertos en Su venida, es la perfección de los santos en santidad (1 Corintios 15:42-58).

“Hasta que, *después de esta vida*, alcancemos la perfección que nos es propuesta” es la confesión cristiana reformada en el Catecismo de Heidelberg (R. 115). La respuesta precedente ha afirmado que “incluso los más santos, no cumplen más que con un pequeño principio de esta obediencia [a la ley de Dios]” (R. 114).

La perfección, por tanto, es nuestra esperanza cristiana. Esta esperanza nos sostiene, e incluso nos vigoriza, en nuestro lecho de muerte. Esta esperanza inspira nuestro anhelo de la segunda venida de Cristo. La venida de Cristo no es para nosotros simplemente, ni siquiera principalmente, el fin del sufrimiento físico, sino más bien el fin del pecado.

Nuestra esperanza no es simplemente el deseo de placeres intensos, sino el deseo de la comunión con Dios, santo y siempre bendito- comunión que ya no se ve obstaculizada y debilitada por nuestra pecaminosidad y nuestros pecados.

“¡Ven Señor Jesús *por nuestra perfecta santidad*, es decir, por nuestra perfecta salvación del pecado!”

NOTAS

¹ John Owen, *The Holy Spirit* (Grand Rapids, MI: Sovereign Grace, 1971), p. 399.

² Representante es Herman Hoeksema: “el ordo salutis [es decir, el orden de la salvación es]: [1] regeneración, [2] llamamiento, [3] fe, [4] conversión, [5] justificación, [6] santificación, [7] preservación y perseverancia, [8] glorificación” (*Reformed Dogmatics* [Grandville, MI: RFPA, 2005], vol. 2, p. 24).

³ Charles G. Trumbull, citado en Cary N. Weisiger III, *The Reformed Doctrine of Sanctification* (Washington, D.C.: Christianity Today [Fundamentals of the Faith], n.d.), p. 7. Como también es característico de la doctrina wesleyana de la santificación perfecta, Trumbull deja la clara impresión de que la obra del Espíritu de perfeccionar la santidad en él fue un acontecimiento instantáneo y dramático en la experiencia de Trumbull -la alardeada “segunda bendición” que el pentecostalismo ha puesto al servicio de su “bautismo del Espíritu”.

⁴ citado por Laurence W. Wood, “The Wesleyan View,” en Donald L. Alexander (ed.), *Christian Spirituality: Five Views of Sanctification* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1988), p. 109.

⁵ citado en *ibid.*, p. 112. Ver también p. 85.

⁶ “Muchos errores [sic] pueden coexistir con el amor puro” (citado en *ibid.*, p. 112).

⁷ El original alemán, aquí traducido como “pequeño”, es “*geringen*”, que se traduce como “muy pequeño” (Philip Schaff, *Creeds of Christendom*, vol. 3 [New York: Harper & Brothers, rev. 1919], p. 349). Tal es la depravación de la naturaleza incluso del más santo hijo de Dios en esta vida, que lo que es sólo un comienzo de santa obediencia a la ley de Dios es, de hecho, no sólo un *pequeño* comienzo, sino también sólo un *muy* pequeño comienzo. Esta es la confesión reformada contra el perfeccionismo wesleyano.

⁸ Jerry Bridges, *The Pursuit of Holiness* (Colorado Springs, CO: NavPress, 1978), p. 14.

⁹ William Shakespeare, “Macbeth,” en *William Shakespeare: The Complete Works* (New York, NY: Dorset Press, 1988), p. 880.

¹⁰ *Canons III/IV:2*, en Schaff, *Creeds of Christendom*, vol. 3, pp. 564, 588. Desafortunadamente, esta frase que explica la depravación total del pecador como el juicio de Dios sobre él se omite en muchas traducciones al inglés de los *Cánones*, incluida la utilizada por las Iglesias Reformadas Protestantes.

¹¹ Salmo número 329:4, en *The Psalter* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1988), p. 284.

¹² Agustín, citado en Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, 3.4.33, ed. John McNeill,

trans. Ford Lewis Battles (Philadelphia, PA: Westminster Press, 1960), vol. 1, p. 662. Calvino añade que “en la amargura de las aflicciones, el creyente debe fortificarse con estos pensamientos” (3.4.34; p. 663).

¹³ ver Zane C. Hodges, *A Biblical Reply to Lordship Salvation: ¡Absolutely Free!* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1989).